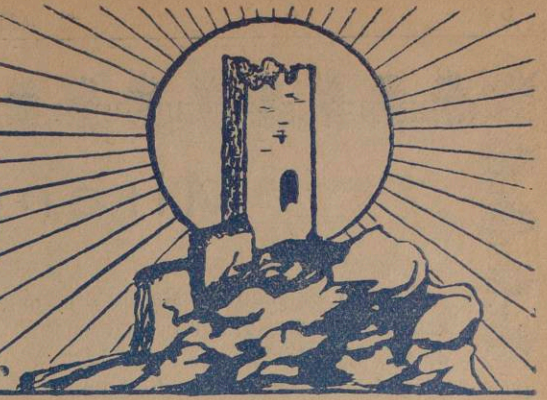


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año II

Alhama de Murcia, Domingo 4 de Octubre de 1925

Núm. 41

EL MES DEL ROSARIO

Esta vida moderna toda agitación y movimiento, toda frivolidad y desasiego; esta vida moderna que pretende vivir cien años en un momento; esta vida moderna enemiga de la serenidad, de la repetición de un mismo trabajo, de un mismo placer; esta vida que no es vida sino locura de fuerza y movimiento, va relegando como anticuado todo aquello en que haya que emplearse más de cinco minutos y en este enorme espacio de tiempo no haya tenido cinco variaciones y haya cambiado cinco veces de color.

«¿El Rosario?—Oigo decir a una *chica bien* de las que todavía no se han convencido de que a la Iglesia hay que entrar vestidas—¿El Rosario?: Latosísimo, hija, latosísimo; tan largo, querida,... y luego siempre la misma cantinela. Yo, por ejemplo, mezclaría alguna otra oración que le diera variedad y con un solo misterio es muy bastante. No creas por esto que yo no soy devota; me gusta la devoción porque eso hace bien... pero...»

Pero en contra de esa corriente veletera que hace girar a la presente sociedad hacia donde la impele la última racha del capichoso viento, está la voz de los Pontífices que han publicado desde Urbano IV, en cuyos tiempos se fundara, más de ciento cuarenta Bulas o Breves en favor y alabanza del Rosario. Pío IX dijo de él: «Es la oración más bella, la más rica en gracias, la más agradable a la Stma. Virgen. Es, en una palabra, el mejor tesoro del Vaticano.»

Veintitrés años gobernó la Iglesia León XIII y no dejó pasar uno solo en que no encareciese al mundo católico la excelencia de la devoción del Rosario.

Está también el ejemplo de los Reyes y magnates. «He leído la historia de Carlos V,—dice un célebre escritor—en cuyos estados el sol nunca se ponía, y ella nos dice que este Emperador rezaba el Rosario. Si algu-

no le interrumpía durante tan piadoso ejercicio, aun cuando fuese el negocio más importante, tenía que aguardar a que el Emperador terminase su devoción.»

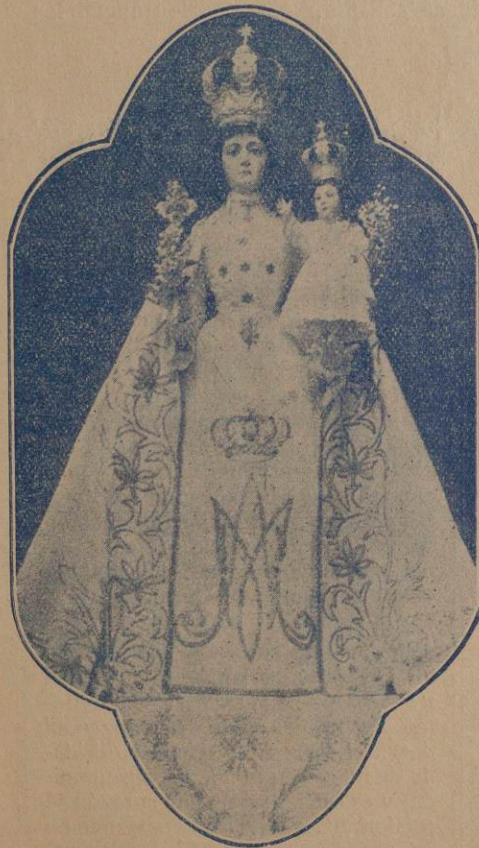
Un día el P. de la Rue encontró al famosísimo Luis XIV de Francia recorriendo las gruesas cuentas de un rosario. «No os admire—díjole el Monarca—es una práctica que me dejó mi madre y sentiría faltar a ella un solo día.

Gluck el Miguel Angel de la Música, en frase de Bumeg, rezaba el rosario y espiró con el rosario entrelazado en sus dedos; Hayrod, uno de los mejores músicos del mundo se inspiraba rezando el rosario. ¿Y qué pensarán los que me lean si digo, que, el tristemente célebre revolucionario español Rafael de Riego, autor del himno de su nombre, confesó en sus últimos momentos, ya reconciliado con la Iglesia, que, aun en los días más azarosos de su vida, no había dejado de rezar el Rosario? Es pues el Rosario prenda segura de la perseverancia final, porque Riego había sido cristianamente educado.

No permite la extensión de este artículo reseñar los nombres de cuantos hombres célebres por su ciencia, por sus grandes descubrimientos, por sus famosas conquistas han practicado y enaltecido la devoción del Rosario. Ni siquiera cabe alegar el testimonio de los mayores santos que la Iglesia venera en sus altares; mejor es que nos quedemos con la frivolidad de la vida moderna, con el testimonio

de la *chica bien*: «¿El Rosario?... latosísimo, chica, latosísimo; tan largo, querida;... y luego siempre la misma cantinela...!»

Si nuestros padres que dirigían el Rosario en familia levantaran la cabeza...!»



ALONSO DE QUIJANO

